



MONTSERRAT

## SUMARIO

- Editorial*
- 3** *Carta del Hermano Mayor*
- 4** *Memoria Informativa del Curso 2019/2020*
- LA CONFESIÓN DE NUESTRA FE, PORTAR EL ROSTRO DEL SEÑOR**
- 33** *Seréis como dioses*  
Feliciano Fernández González
- 35** *Las escaleras que besaron tus pies*  
Begoña Badajoz Muñoz
- DESDE LA CAPILLA**
- 38** *Meditaciones del Santo Rosario. Misterios Gloriosos*  
Ignacio Pérez Franco
- 46** *En los Ochocientos años de la muerte de Santo Domingo de Guzmán*  
Carlos Romero Mensaque
- 50** *El Órgano Hewitt de la Capilla de Montserrat: un instrumento que recorre fronteras...*  
José Jesús Ciero Polvillo
- 54** *Juan de Mesa artista: desde una mirada contemporánea*  
Juan Fernández Lacomba
- 58** *Los ángeles pasionistas del antiguo paso del Stmo. Cristo de la Conversión en la exposición In Nomine Dei*  
Hermandad y Cofradía de Ntro. Padre Jesús de las Necesidades, de Cabra (Córdoba)
- 60** *“Manolito el carpintero”*  
*Toda una vida dedicada a la Hermandad de Montserrat*  
Ángela Moreno Armario
- 61** *Viernes Santo de Montserrat*  
Sara Jurado Jurado
- 63** *Volveremos a vernos...*  
Manuel Argudo

- 65** *No perder la Fe*  
Manuel Jesús Medina
- 67** *Momentos complicados para vivir con Fe y Esperanza*  
Rafael Montes Gómez
- 69** *Hermanos todo el año*  
Javi Reina Coto
- 70** *Vivir desde el amor a Dios*  
Javier Tabares Gallego
- 72** *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*  
Pablo Gómez Domínguez
- 73** *Conversión y Montserrat*  
José Arias Moreno
- 74** *Triduo a Ntra. Sra. de Montserrat*
- 76** *Evocaciones de un maestro*  
Juan A. Coto Domínguez

### DESDE EL COMPÁS

- 84** *Montserrat vista por...*
- De Montserrat a Sevilla y de vuelta: como un sueño, antes de la pandemia*  
Pablo J. Ginés y Tatiana Fedótova
- 88** *La Semana Santa desde el Margen*
- 89** *Laffón y aquello que no necesita decirse*  
Braulio Ortiz

- 90** *Carmen Laffón y la blancura deslumbrante de la sal*  
Charo Ramos

### SEVILLA DESDE LAS AZOTEAS

- 92** *El año del miedo*  
Javier Rubio

### EPÍLOGO. CUANDO TODO ESTO PASE...

## CARTA DEL HERMANO MAYOR

Antonio Vera Recio  
*Hermano Mayor*

**N**os está tocando vivir un tiempo de cambios. La incertidumbre que acompaña a la pandemia ensombrece nuestro estado de ánimo, en algunos casos, haciéndonos ver el mundo que nos rodea con tristeza. No debemos caer en el desánimo. Nuestros Amantísimos Titulares y nuestra Hermandad tienen que seguir constituyendo una referencia fundamental en el caminar de todos.

Si volvemos la vista atrás, podemos comprobar la manera en la que ha cambiado nuestra vida y la forma de adecuarnos a estas nuevas circunstancias. Todo ello en algo más de un año. Igualmente, podemos constatar que nuestra Institución ha sabido adaptarse a estos nuevos tiempos con la utilización de las nuevas vías de comunicación que han intentado suplir la asistencia presencial de los hermanos a los diferentes cultos y actos que configuran nuestra vida de Hermandad. A pesar de las limitaciones, hemos conseguido celebrar con gran brillantez el culto de octubre de la Virgen del Rosario, así como el Triduo en honor de Nuestra Señora de Montserrat -esta vez en diciembre- y afortunadamente, en su fecha correspondiente, el Quinario a nuestro Santísimo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón.

Me consta que las comunicaciones y avisos de nuestra Hermandad os llegan a todos a través del correo electrónico, de las diferentes redes sociales y, por supuesto, del tradicional correo postal, consiguiéndose, por ello, el propósito de mantener en este tiempo de aislamiento un fuerte lazo de unión entre todos nosotros.

Con el progresivo avance en la administración de las vacunas, volveremos paulatinamente a la ansiada participación presencial de todos los hermanos en los cultos y actividades a fin de vivir de nuevo nuestra Fe en comunidad. Este 2021 debe de ser un escalón intermedio entre la oscuridad del pasado

y la añorada normalidad que todos esperamos para un futuro próximo.

Hace unos meses, el Consejo de Hermandades nos sugería alguna medida para paliar la suspensión de la salida de los cortejos procesionales en 2021. Al respecto, transmití, al igual que la mayoría de Hermanos Mayores, la necesidad de que los templos permanecieran abiertos durante los días de nuestra Semana Mayor.

Si Dios quiere, volveremos a celebrar la Protestación de Fe, las juras de nuevos hermanos, la procesión del Corpus Christi y la Estación de Penitencia a la Santa Iglesia Catedral con nuestros Amantísimos Titulares.

La Hermandad nos debe unir a todos en un proyecto común para vivir nuestra Fe de forma conjunta, aportándonos firmeza y seguridad para superar adversidades y problemas, como católicos e hijos de nuestro tiempo. En consonancia, la Junta de Gobierno, al servicio de los hermanos, es una herramienta para conseguir el citado fin, proporcionando soluciones acordes siempre con el espíritu cristiano que debe imperar y que resuelvan cualquier circunstancia que pueda surgir en el seno de nuestra Hermandad. En definitiva, un nexo de unión que armonice las diferentes sensibilidades de todos los que forman parte de la Hermandad. Por ello, para esta Junta de Gobierno, como depositaria de la confianza otorgada por los hermanos, es un principio fundamental perseverar en la meditada toma de decisiones que garanticen las mejores soluciones para la Hermandad.

Quiero terminar con unas palabras del Santo Padre en su última Encíclica Fratelli Tutti: *En el nombre de Dios, asumimos la cultura del diálogo como camino, la colaboración como conducta, el conocimiento recíproco como método y criterio.*

Sigamos caminando.

Vuestro Hermano Mayor



## EN LOS 800 AÑOS DE LA MUERTE DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Carlos J. Romero Mensaque, OP  
*Fotografías: Manuel Pérez García*

O spem miram  
quam dedisti mortis hora te flentibus,  
dum post mortem promisisti  
te profuturum fratribus  
Imple Pater quod dixisti  
nos tuis iuvans precibus.

Oh admirable esperanza  
que nos diste en la hora de  
tu muerte a los que te lloraban,  
prometiéndoles que, después de tu tránsito,  
vendrías en ayuda de tus hermanos.  
Cumple, oh padre, lo que prometiste,  
socorriéndonos con tus plegarias.

Este canto que los dominicos entonamos al final de nuestras celebraciones quiere servir de preámbulo a unas sencillas líneas con motivo del octavo centenario del “dies natalis” de nuestro padre Santo Domingo, fundador y primer maestro de la Orden de Predicadores.

Viene a mi memoria la peregrinación que hace unos años hicimos en la Fraternidad Laical de Sevilla al Sepulcro de Santo Domingo en Bolonia y especialmente tres momentos y escenarios: la visita a la que, según la tradición, fue la cámara mortuoria de nuestro padre, el acompañamiento a la comunidad de frailes en sus procesiones vespertinas a la capilla del Rosario y al Sepulcro y la eucaristía ante el Arca junto a los laicos de la ciudad.

No se trata solo de recuerdos, sino de una memoria viva que se hace presente en la predicación de cada día. Santo Domingo, ocho siglos atrás, sigue vivo en su carisma, en su intercesión prometida y, sobre todo, en la Familia Dominicana.

No pocas veces los dominicos echamos en falta algún texto de nuestro padre, un testamento, una carta espiritual. Lo



que sabemos de él es gracias a los testimonios de su proceso de canonización, ciertamente tardío.

A Santo Domingo lo conocemos en realidad por la impronta indeleble que dejó a todos los que le conocieron y trataron. Desde sus frailes, monjas o laicos unidos a la Santa Predicación pasando por clérigos, monjes, obispos, papas, pero también herejes cátaros a quienes predicó de manera incansable y, sobre todo, hombres y mujeres del pueblo que asistieron a sus misiones o simplemente coincidieron con él en sus innumerables viajes por los caminos de Europa.

Cuando el 6 de agosto de 1221 entregó su alma a Dios en el humilde convento de San Nicolás de Bolonia, la vida de gracia de Santo Domingo se quedó para siempre entre nosotros. Cuentan que, en su postrer agonía, observando la pesadumbre de sus frailes que con tanto cariño le rodeaban en su lecho, les tranquilizó: “no os preocupéis por mí. Os seré más útil a partir de ahora de lo que lo he sido en vida”.

Más allá de tópicos, esta frase define al Predicador de la Gracia que fue nuestro padre. Predicar no era para él solo hablar de Dios, sino vivir en cada instante de su vida el Evangelio, un Evangelio leído, estudiado desde pequeño y especialmente en Palencia, orado y celebrado en la liturgia y en las interminables vigiliadas en las iglesias de sus conventos.

Pero el Santo Domingo Predicador nos ofrece otra perspectiva, la que hizo posible el proyecto de Orden, la que hace año tras año y siglo tras siglo que los dominicos sintamos tan presentes a nuestro padre: Santo Domingo, tras advertir los estragos que la herejía estaba ocasionando a la Iglesia de Cristo en Francia y la inoperancia de los monjes enviados por el Papa, sintió un tremendo dolor en su alma y, al mismo tiempo, lo que pudiéramos denominar “la Llamada en la Llamada” de parte de Dios.

Santo Domingo, desde muy joven, sintió casi de manera natural que Dios le llamaba a su servicio como sacerdote y durante años se preparó de la mano de su tío, de los usos académicos de la época y de acuerdo con su estatus familiar: así obtuvo muy joven una canongía en Osma, llegando a ser muy pronto subprior y, posteriormente, un puesto de relevancia cerca del obispo.

Ambos, Domingo y su obispo Diego de Acebes, fueron objeto de un peculiar “camino de Damasco” que reorientó para siempre su vocación. Al igual que a San Pablo, santo protector de nuestra Orden, Cristo les salió al encuentro de manera inesperada en el sur de Francia: en los rostros preocupados,

abatidos por el fracaso de los predicadores pontificios, pero también en los de muchos de los propios cátaros: personas que sinceramente buscaban a Cristo y creían haberlo encontrado en las comunidades heréticas porque en ellas se vivía una fraternidad y una implicación hacia el prójimo que no encontraban en sus parroquias católicas.

Diego y Domingo crearon el paradigma de la Santa Predicación con una radical conversión de vida y una sincera búsqueda de la Verdad: no podían predicar el Evangelio sin orarlo primero y abrir la mente y el corazón al Cristo en que creían y al que estaba también presente en los cátaros de buena voluntad: darse cuenta de que ambos debían despojarse de los ropajes secundarios y encontrar al Señor que es Camino, Verdad y Vida.

En la biografía de Domingo se detecta ya desde muy joven una profunda compasión hacia el prójimo que sufre. Podría decirse que el estudio de las Sagradas Escrituras y de la Teología alcanzan en él una convicción profunda cuando es capaz de “ver” al Señor Vivo y Resucitado en las personas que le rodean, especialmente los más pobres y necesitados tal como expresa con claridad San Mateo, su evangelio predilecto, en la parábola del Juicio Final. El episodio de la venta de sus costosos libros para socorrer a las víctimas de una hambruna no es sino un dato más que corrobora el corazón compasivo de Domingo.

Ver en el hereje un hermano, un hijo de Dios, compartir con Él la Verdad del Evangelio que vive y ora, ofrecer y argumentar desde la solidez también de la teología de la Iglesia es la base del proyecto en el que finalmente queda Domingo al frente tras el fallecimiento del obispo Diego.

Los testimonios de su proceso nos refieren sus interminables vigiliadas de oración en las iglesias. Cuando voy de visita a la basílica de Santa Sabina en Roma, me impresiona la losa cuarteada sobre la que la tradición afirma se postraba Santo Domingo. Decían los frailes que muchas noches iban sigilosamente al templo y se conmovían hasta las lágrimas de ver a su maestro también lloroso e implorando misericordia para él y para tantas almas necesitadas del auxilio de Dios. Poner ante el Señor la vida de tantas personas, ofrecer la propia para consolarles formaba parte sustancial de la Predicación de Domingo.

La Santa Predicación es un carisma singular, una intuición profética que, tras unos años, la Iglesia reconoce y aprueba. Domingo va implicando a otros presbíteros como él, pero su primera fundación curiosamente es la de la comunidad de monjas de Prulla a partir de un grupo de mujeres que habían pertenecido al catarismo. Nuestro patriarca percibe la necesidad permanente de la oración contemplativa en la Predicación. Él mismo va descubriendo que nada puede construirse sin



el diálogo interior con el Señor de la Vida y de la Verdad. También se irán implicando laicos, aunque no será hasta cierto tiempo después cuando se creen las hermandades de la llamada Tercera Orden de la Penitencia.

Oración, compasión profunda, búsqueda incansable de la Verdad...pero para predicar la Gracia no bastaba. Los que van conociendo a Domingo: esos sus primeros frailes que se sienten implicados en la Santa Predicación, se dan cuenta muy pronto de una cualidad desconcertante y extraordinaria: su humildad personal. No se trataba de gestos concretos, que también, sino de una actitud a la vez de servicio y ocultamiento que enteramente parecía que las ideas, iniciativas, proyectos, intuiciones nacían de cada comunidad conventual, incluso de algunos padres capitulares concretos y nunca del propio Domingo.

En este año jubilar se nos ha propuesto por el Maestro General un símbolo muy especial “La Tabla de la Mascarella”, una auténtica reliquia de la época de la canonización en la tercera década del siglo XIII y en la que se representa a Santo Domingo compartiendo la mesa con sus frailes, todo un paradigma de la fraternidad. También evoca un milagro ocurrido durante una visita de nuestro padre a la primera comunidad boloñesa. Así lo describe un testigo, fray Bonviso de Piacenza:

“Dijo también que siendo el testigo procurador del convento de Bolonia, y teniendo a su cargo el cuidado de los frailes en el refectorio, un día de ayuno les faltó el pan. Fray Domingo hizo señas para que se distribuyera pan a los frailes, pero el testigo le dijo que no lo había. Entonces él, con semblante alegre, elevó sus manos, alabó al Señor y lo bendijo, y al momento, inesperadamente, entraron dos personas que portaban dos canastas, una de pan y otra de higos secos, de tal modo que tuvieron los frailes en abundancia”.

Me gusta especialmente este relato porque nos descubre un rasgo también fundamental de Santo Domingo: hemos comentado su carácter compasivo, el dolor que le causaban los sufrimientos de sus hermanos al llevarlos a la oración, pero, como bien dice Bonviso, su carácter era alegre. Tras estas interminables veladas, Santo Domingo se presentaba bien despierto, alegre, jovial ante sus frailes. El llamado por Martín Descalzo “sacramento de la sonrisa” era una actitud vital en nuestro padre y algo determinante en una predicación eficaz.

Muchas veces, reflexionando en la vida de mi padre Santo Domingo, he recordado las inquietantes palabras de nuestra gran santa sevillana sor Ángela de la Cruz cuando afirmaba que



deseaba “no ser, no querer ser, pisotear el yo” y vuelve a mi mente lo que comencé indicando al principio de este artículo: la tardanza de su propia Orden en iniciar los trámites de su canonización.

Cuando, agotado por sus incansables viajes y minado por la enfermedad, Santo Domingo muere y es enterrado sencillamente en el suelo de la iglesia conventual, su tumba muy pronto queda casi a la intemperie tras la construcción de un nuevo complejo más adecuado a la intensa difusión de la Orden. Nadie de su comunidad parece reparar en los restos mortales de su fundador. Solo la devoción de los boloñeses, su fama de santidad y los prodigios atribuidos a su intercesión mantienen su sepultura como lugar de peregrinación. Todo muy significativo.



Hoy, 800 años después, Santo Domingo sigue viviendo en el corazón de sus frailes, monjas, laicos, religiosas de vida activa, jóvenes, presbíteros seculares...quienes constituyen la llamada Familia Dominicana, un concepto que aparece tras el Concilio Vaticano II para seguir actualizando aquella Santa Predicación que comenzó en el siglo XIII y que hoy sigue tan presente y actual.

Domingo sigue predicando a través de su Familia en los nuevos campos de misión donde tantos hombres y mujeres muestran el rostro sufriente de Cristo. No es, pues, momento solo de recordar a nuestro padre y a tantos dominicos que, en coherencia con su carisma, han entregado literalmente su vida en la Predicación Operante de la Palabra en tan diversos campos como la teología, filosofía, ciencias, asistencia caritativa a indigentes, enfermos, inmigrantes, educación, misiones...pero tampoco podemos olvidar la historia porque, en el fondo, sería olvidar lo que actualmente somos, dejar de reconocer la obra de Dios a través de nuestros santos que, en su humildad y capacidad de servicio, han seguido haciendo presentes a Domingo en la vida de la Orden. Sería un error en el que, por desgracia, algunos están cayendo.

Pero no querría terminar este artículo sin una mención expresa a la importancia que para Domingo y su Orden ha tenido la devoción a la Virgen. Los primeros escritos sobre la vida de los frailes, las monjas y las fraternidades de laicos nos refieren el rezo diario ante la imagen de Nuestra Señora: el ave maría, composiciones tradicionales de la época y otras propias, jaculatorias... Luego vendría el Santo Rosario, que el fraile Alano de la Roca atribuiría en el siglo XV al propio Santo Domingo y que deriva del Salterio orado entre los monjes cisterciense y cartujos, pero que los dominicos adaptaron como método de predicación. En el fondo, Alano, al atribuir al santo patriarca, la iniciativa del rezo, no hizo más que hacer patente las palabras y, sobre todo, la santa humildad de Domingo en un momento en que la Orden se encontraba necesitada de volver a la primitiva observancia ante los desafíos de la naciente Modernidad.

El Santo Rosario más que una oración a la Virgen es la expresión de un itinerario de Predicación a partir de la Palabra y que María, Madre de los predicadores, suscitó en Domingo en sus interminables horas y días de caminatas, en sus modos de oración a veces en el suelo de sus iglesias o en la palabra oportuna, el gesto profético en sus predicaciones.



